

I

MPRESIONES SUBJETIVAS DE LA PINTURA DE JUAN JOSE GIL

JUAN JOSE GIL, GALERÍA RAYUELA (MADRID), MAYO DE 1991.

La pasión de la pintura de nuestro pintor más extraño, patente en la muestra recientemente exhibida en la galería Rayuela de Madrid, se resuelve en que, utilizando una vez más una expresión de Bachelard, primero no hay nada, luego hay una nada profunda, después hay una profundidad azul.

Su pintura trata de agradarse pero al poco siente celos de su propio poder. Quiere ser, en cada cuadro, su Narciso a la vez que su Héctor protegido de sus perseguidores por la nube de Apolo.

Juan José Gil «in efigie» se aniquila, pero su autoinmolación virtual no consigue destruir la virtud de su arte. Se propone resumirlo todo en un solo gesto, como si su arte no tuviera sino una única cabeza de Gorgona alada. Cortada ésta, de su cuerpo brotan garras afiladas que arañan al dilectante. Del rostro de sus cuadros mutilados se proyecta una mirada penetrante de ironía y horror que, según la leyenda, petrifica al que la soporta.

El ojo de J. J. Gil es un «asombrarse» del ver. El todo de su pintura se realiza como «travesía» imaginaria del espejo sin azogue.

Hay siempre en el mí de esta pintura un lazo imposible de desatar. Como un nudo atravesado en la garganta. Lo más que podremos decirle a esta pintura de ataduras es: no sé amarte.

J. J. Gil abre la puerta del cuadro. El cuadro me mira. Cree que no lo miro, que pasa inadvertido. El cuadro finge ser sólo color para sí mismo; simula que yo permanezco ciego en mi contemplación. Pero yo siento que está ahí, siento esa lejanía de proximidad. Me contengo y me dejo vigilar. Pero soy yo quien le observo y, cuando le vuelvo la espalda, es un punto

impreciso de mi nuca quien no le pierde de vista. Para siempre seremos dulces enemigos.

Estos cuadros que han viajado a Madrid viven en la noche. Su noche azul-negra no la tengo delante de mí, me envuelve por todas partes; penetra todo mi ser. Su oscuridad me «toca» de manera más vívida, mucho más íntima, que toda la claridad acostumbrada del espacio visual. Su «noche oscura», su oscuridad completa, es un valor positivo. Se asienta en mí sobre un fondo muy diverso del que constituye el espacio claro público.

Estoy cara a cara del cuadro. Estos cuadros de Juan José Gil extienden una «niebla opaca» cuando huyen delante de mí, dejando en su vacío la ondulación de un espacio auditivo. Cierro los ojos. Me abstraigo en un mundo de sonidos escuchando un trozo de su música. También aquí el espacio auditivo me envuelve y me penetra como el espacio de un recinto. Pero no habrá más ni espacio libre, ni un «al lado», ni perspectiva, ni horizonte, ni distancia vivida, contrariamente al espacio visual del común de los pintores.

A esta pintura de Juan José Gil uno siente la tentación de decirle: dame tu lámpara. O bien, mira: yo te ilumino.

Nos hemos amado ante este cuadro. Ante él nos hemos desnudado. Nos lo hemos dicho todo o, también, nos hemos dicho de todo. Pero fue inútil. Nunca conseguimos arrancarle el «goce» de su secreto (o el «secreto» de su goce).

¿Qué es lo que me desfallece? La lentitud, cuyo suspenso «suspendido» en estas telas se hace prisma de mi deseo. Es como la seducción de la inmediatez de los ojos, la más pura. No hay tiempo intermedio en la «eficacia simbólica» de la anulación de los signos de esta no-pintura. La lógica de Juan José Gil no es la de la mediación sino la de lo azul del pájaro-relámpago cuando se precipita a alimentarse en el río.

El cuadro se queda todavía allí, cuando me voy. El cuadro entre otros cuadros en la sala. Pero los cuadros mismos ya no son. La forma de mi pensar de estos cuadros es sucesiva, pero, cada vez que medito en uno de ellos, se va. Esta que les he descrito es una pintura que si tiene algo que ver con el espacio, lo será con un espacio muy particular. No con el espacio analítico de un arte de la extensión. No habrá en él, a lo contrario del espacio claro, ni distancia, ni superficie, ni dimensión; habrá, eso sí, «profundidad» negra-azul y misteriosa. En este espacio sin referencias, como en la noche oscura (no la del alma), Juan José Gil no nos sitúa en relación con los sonidos escuchados y menos con los objetos percibidos, como lo puede hacer el pintor de espacios claros. Este espacio de privilegio, que ahora dejo, no estará nunca socializado. Será mío, sin ser subjetivo del todo. Yo sabré restituirle un carácter objetivo a todo lo que pase en él en adelante. Δ

JOSÉ LUIS GALLARDO



PINTURA DE J. J. GIL